

# Hombres, Ideas y Libros

Eugenio Labarca

## Literatura femenina chilena



NO de los aspectos más interesantes que ofrece la cultura chilena corresponde, sin duda alguna, al buen número de mujeres intelectuales destacadas en los últimos años.

Y si digo en los últimos años, no es porque el siglo XX haya dado tal fruto por vez primera, sino porque a partir de 1910, más o menos, la legión de *femmes savantes* se ha espesado en Chile considerablemente, si bien desde comienzos de la Colonia hubo en el país mujeres tan cultas y tan aptas para afrontar la vida pública como el más avezado de los hombres.

El ilustre investigador don José Toribio Medina, que se ha preocupado del asunto, afirma en libro publicado el año último, que alcanza a setecientas y tantas la suma de mujeres chilenas aficionadas a la literatura... Es verdad que la obra del señor Medina va más allá de las contemporáneas, y, excelente buceador como es, no ha perdonado marisabidilla, por insignificante que nos parezca.

En todo caso, la cultura de la mujer chilena ha sido sorpresa de extranjeros. De extranjeros venidos ayer y venidos hoy. A la vista tengo la respuesta que Guillermo Valencia, alto poeta colombiano y Delegado que fué de su tierra a la pasada Conferencia Pan-Americana, me diera ante cierta pregunta para una encuesta de revista; ¿Cuál ha sido su mayor impresión en Chile?— Y el autor de «Ritmos» estampó esta frase de su puño y letra en cartón que conservo: «¿Mi mayor impresión en Chile? — «La modestia de sus hombres ilustres y la ilustración de sus mujeres».

En efecto, el creador de la novela en Chile, es una mujer: doña Rosario Orrego de Uribe, novelista anterior al propio Blest Gana; la primera mujer médico-cirujano del mundo, ha sido una chilena: Ernestina Pérez, incluida por Lombroso entre los genios; la primera mujer que ha obtenido en América cátedra universitaria, es chilena también: Amanda Labarca Hubertson.

Así, con tales ejemplos, no es raro que en toda actividad y a través de todas nuestras épocas hayan descollado en Chile las mujeres.

Pero la mujer de letras, la literata propiamente tal, ha cobrado bríos solamente en los últimos diez años. Su auge ha coincidido con la fundación y funcionamiento de diversos centros culturales femeninos, tales como el ya famoso Club de Señoras, como el Consejo Nacional de Mujeres, el Círculo de Lectura, el Centro Femenino de Estudios, la Liga de Damas, etc. Todas estas instituciones han impulsado a la mujer, han prohijado sus iniciativas, no sólo intelectualmente consideradas, y sí en obras benéficas y aún en obras de carácter social. Y han crecido las instituciones en número de socias, en número de aulas y en número de actividades, conjuntamente con el desarrollo de la cultura femenina en el país.

Entre las mujeres chilenas de letras, Gabriela Mistral ocupa sin lugar a dudas el primer sitio. Y, acaso, entre todos los escritores de hispano-américa. Su nombre, nimbado en vida de gloria, ha iluminado un Continente, y, después del paseo triunfal a que la ha conducido el Gobierno de Méjico, ha llegado Gabriela hasta España con su andar de diosa, no tanto, por cierto, a que se la rinda culto, cuanto a devolver a la fuente misma del idioma una lengua enriquecida y renovada con voces criollas, con voces frescas.

El verdadero nombre de Gabriela Mistral es Lucila Godoy. Tomó su pseudónimo del cantor de Provenza y de Dante Gabriel Rosetti. Como Ada Negri, ha dedicado su vida a la enseñanza. Es Directora de Liceos y Profesora de Castellano y de Historia y Geografía. Fiel a su temperamento, ha compuesto poesía escolar, «una poesía escolar nueva—dice,—que no por ser escolar deje de ser poesía; que lo sea, y más delicada que cualquiera otra, más honda, más impregnada de cosas de corazón; estremecida de soplo de alma...»

Se dió a conocer Gabriela Mistral en 1914, en los Juegos Florales de Santiago. Obtuvo la flor natural con los llamados «Sonetos de la Muerte», que no son, por cierto, poesía escolar. Por el contrario: trágicos, abismáticos, tocados de filosofía, anuncian los infinitos desgarros espirituales de que más tarde nos ha hecho partícipes la poetisa egregia. Hasta entonces, Gabriela Mistral no había dado a saber su nombre, a pesar de que Rubén Darío en «Mundial» y «Elegancias» había publicado composiciones suyas, en verso y prosa, acompañadas de elogios fervientes. Gabriela nació en el norte de Chile, en Vicuña, «olorosa tierra,—como ella dice,—para prestigio de la cual desearía ser algo y merecer así la comunidad de origen que la une a selectas almas: Manuel Magallanes Moure, Víctor Domingo Silva, Carlos Mondaca, Vicuña Cifuentes, poetas nacidos también en Vicuña».

Puede decirse que Gabriela no sólo ha realizado su ansia fraternal, y sí que ha dejado, en nombradía, cuando menos, sobradamente atrás a sus hermanos. El único libro que ha permitido editar con parte apenas de su obra, «Desolación», ha constituido un sonoro triunfo editorial y el mayor éxito literario del país.

Amada Labarca Hubertson es otra distinguida escritora chilena ligada al profesorado. Directora de Liceos, Maestra de Castellano, ha sido la primera mujer que ha obtenido en América, como he dicho, cátedra universitaria: la de psicología. Ha editado varias obras: «Impresiones de Juventud», en que analiza

la labor literaria de algunos novelistas españoles contemporáneos y en que ya se revela un crítico atinado; «En Tierras Extrañas», novela calurosamente celebrada por los Zoilos, no sólo por el valor literario que representa, sino por su valor educativo nacionalista; «La Lámpara Maravillosa», volumen en que ha reunido diversos relatos, historietas breves, hasta los cuales ha llevado asuntos insignificantes dignificados por la corriente artística que los anima. A pesar de todo ello y del valor literario que esto y mucho más de la obra de Amanda Labarca significa, el mayor relieve alcanzado por esta señora radica en su obra a favor del bien entendido feminismo en Chile. Conferencista, periodista, autora de numerosos folletos, miembro de todos los comités feministas del país, Presidenta por largo tiempo del Consejo Nacional de Mujeres, entraña el porta-estandarte de las ideas liberales femeninas, y su obra en conjunto ha abierto brecha en el campo ideológico chileno.

Absolutamente opuesta en ideas, pero de no menor interés que Amanda Labarca, es Juanita Quindos de Montalva, afamada literariamente bajo el pseudónimo de Ginés de Alcántara.

Ginés de Alcántara es española y se halla ligada a Chile por estar casada con chileno. Nació en la misma provincia en que nacieran Pereda y Menéndez y Pelayo; en una ciudad distante un cuarto de hora de «la villa singular, famosa en los anales de la historia y de la fábula, reliquia venerable de la España vieja, lugar de poesía y de ensueño», que dice Ricardo León en «Casta de Hidalgos», en cuyas páginas postreras se alude a un castillo señorial, hoy casi en ruinas, cuna de los antepasados maternos de Ginés de Alcántara. Y si atendemos ahora a la línea paterna, sabremos que el abuelo de Juanita fué Quindos y Madrazo, perteneciente a la ilustre familia que dió a España una serie de artistas gloriosos entre pintores, músicos y literatos, cuyos nombres registran las antologías, haciendo en ellos especial hincapié.

Y Juanita Quindos arrastra el tesoro intelectual de su raza a grado tal, que puede estimarse cual un fenómeno de la época el caso de una mujer que, como Ginés de Alcántara, ha abarcado en un cuarto de siglo de vida, la cultura y el legado filosófico de todas las edades de la humanidad. Su llegada al país coincidió con el furor de desenvolvimiento que en diversos sentidos animó repentinamente y pocos años há a la mujer chilena y pasó a militar de modo descollante en las instituciones nacientes. En cuanto a instituciones extranjeras, pertenece Juanita a numerosos centros intelectuales europeos y el propio Camilo Flammarion solicitóle le concediera el honor de apadrinarla para hacerla miembro del Instituto Astronómico de París. Con otros hombres extraordinarios de la época se ha tratado también Ginés de Alcántara de igual a igual: Pérez Galdós la contaba entre sus cariñosas preocupaciones de abuelo; Romero de Torres la escribe habitualmente, manteniéndola al día acerca del movimiento artístico de Europa; Benavente se ha sentido «lisonjeado de verse así comprendido por una mujer inteligente», como le escribiera a ella misma a raíz de una conferencia en que Juanita estudiara a la mujer a través de la obra benaventiana, y como

se lo ratificara de viva voz más tarde en Santiago; Carmen Sylva, por su parte, deseaba prologarle un libro; Santiago Rusiñol, otro.

La obra de Ginés de Alcántara anda dispersa en diarios y revistas. La tribuna y el periodismo la seducen. Luego ha de darnos, seguramente, la serie de interesantísimos libros que in mente prepara y que la harán una reputación semejante, acaso, a la de la Pardo Bazán.

Otra mujer que ha tentado con buen éxito el periodismo en Chile es Elvira Santa Cruz Ossa. Firma Roxane. Como cronista se ha destacado indudablemente, no sólo por las condiciones de su pluma y sí por la constancia que revelara. Ha tentado todos los campos y ha fracasado como novelista y como autor teatral.

Hace un año más o menos, surgió una escritora provinciana: Marta Brunet, de Chillán. Publicó «Montaña Adentro», breve relato recibido por la crítica con las campanas a vuelo. Se la ponderó, tal vez, demasiado, llegando a decirse que se trataba de la primera novelista nacional. Quien sabe. Yo creo que no se ha revelado Marta Brunet todavía como novelista, y sí como cuentista apenas. En verdad, «Montaña Adentro» no pasa de ser un ensayo de narración naturalista que no sitúa más alto a su autora que los buenos y numerosos autores de cuentos de que se enorgullecen nuestras letras: Baldomero Lillo, Guillermo Labarca, Federico Gana, Angel Custudio Espejo, Maluenda, Santiván, etc. Marta Brunet pudiera pertenecer, en verdad, a esta familia, si bien en calidad de parienta pobre.

Graciela Sotomayor de Concha ha llevado su talento literario hasta las tablas. Es autora de un drama histórico en verso, «Simón Bolívar» o «Un Recuerdo de Amor», representado entre aclamaciones en nuestro Teatro Municipal. Fiel a la historia, bellamente desarrollado, de alcance hispano-americano, la señora Sotomayor se ha revelado digna hija del notable historiador y diplomático chileno don Ramón Sotomayor Valdés.

Marcelle Auclair, por su parte, ha procurado también ser comediógrafa; pero sólo ha quedado en el ensayo. Como poetiza sí que se ha lucido. Autora de un volumen de versos en francés, «Transparence», ha llegado a comparársela a la Condesa de Noailles. ¿Exagerado?... Quizá. En todo caso, no estarán a considerable distancia la una de la otra. Y, sin duda alguna, Marcelle es superior como novelista a Ana de Brancován. Ha editado «La Novela del Amor Doliente», que se lee de un impulso. Novela bella, honda, amarga. Realísima.

Otra poetisa joven y de renombre es María Monvel. Está casada con Armando Donoso, el crítico. Niña aún, publicó un volumen que despertó el entusiasmo de los censores: «Remanso de Ensueño». Casada ya, ha editado «Y fué así...», que a Juana de Ibarbourou ha merecido palabras como estas: «Los versos suyos no son alegres. Mas, es una amargura serena, grave, sin gritos ni retorcimientos. Amargura vivida y llorada, se ve, pero de la cual usted no hace tragedia aparatosa... Acaso la diafanidad, el hecho de manejar las palabras con absoluta precisión, que es la virtud suprema de este libro, sea el

pecado de María Monvel. Y este otro, acaso: la falta de literatura, de gesto y de modo; esto que es bello ya lo llevamos en la sangre...»

Y desde el momento en que hemos esbozado siluetas de *femmes de lettres* jóvenes, no podemos demorar más la presentación de Sarah Hübner de Fresno. Pertenece Sarah a familia intelectual: es hija de don Carlos Luis Hübner, escritor, diplomático y el charlador más extraordinario con que haya contado Chile; y hermana de Jorge Hübner Bezanilla, el poeta. Ella, por su parte, no ha hecho de las letras una profesión. Ha escrito cuanto y cuando le ha venido en ganas. Intermitente en su obra, publica prosa un día y verso otro. Preocúpala y apasionanla todos los asuntos, todos los temas, todos los problemas psicológicos, fisiológicos, individuales o de la raza, y, así, sorprende en verdad que esta mujer frágil cual una flor y bella cual un sueño, sea perita hasta en criminalología. Sus páginas más reales y más hondas están escritas.

Anterior a ellas, si bien vive felizmente hasta hoy, es doña Martina Barros Borgoño, sobrina de Barros Arana y esposa del ilustre médico psiquiatra y escritor distinguido don Augusto Orrego Luco. Doña Martina Barros ha sido la primera dama chilena de alto abolengo cuyos salones han franqueado los melencidos... Hace cuarenta años inició ella en el país el movimiento feminista y dió pruebas de adelantamiento a su época, traduciendo y divulgando obras y folletos de orientación liberal. Hasta hoy viaja, da conferencias y apasiona al público con sus trabajos literarios. Y su salón continúa siendo centro tan animado y tan concurrido como hace un tercio de siglo.

\* \* \*

De todas estas damas y de algunas otras de méritos no menor, como Clary, Berta Lastarria Cavero, Esmeralda Zenteno de León, etc., se han preocupado en Chile don José Toribio Medina, como he dicho, y una escritora: Luisa Zanelli.

La señorita Zanelli es autora de un libro sobre «Mujeres Chilenas de Letras», hecho con discernimiento, con paciencia y con buen gusto. Y si bien es verdad que sus méritos serían con eso sólo ya bastantes, tiene otro que está aún por sobre todos: que puede servir como texto de consulta, como guía, respecto del camino que ha hecho en Chile la cultura de la mujer. La obra del señor Medina tiene más o menos el mismo alcance y es más completa que la de la señorita Zanelli; pero a esta autora hay que reconocer que dió primero el paso ella y que, como paso de mujer, por no muy seguro que sea, tiene cierta gracia indudable.

EUGENIO LABARCA.